

## TIRANÍA Y NARRATIVAS: UN PUNTO DE VISTA ANTROPOLÓGICO<sup>1</sup>

*Margarida Fernandes (Universidade Nova de Lisboa, Portugal)*

Las novelas de dictadores son un subgénero reconocido en las literaturas latinoamericanas. A lo largo de la historia de la humanidad las dictaduras y las tiranías se extienden por todos los continentes y, a pesar de que siempre hay quien escriba sobre todas ellas, el concepto y la denominación de *novelas de dictadores* es exclusivamente latinoamericano. La recurrencia del tema en la literatura no es accidental y, sin intentar hacer de la ficción un documento histórico –que no lo es ni puede serlo–, la construcción de estos discursos sobre dictaduras en América Latina deja ver lógicas culturales, aspectos simbólicos y contornos ideológicos sobre las imágenes del poder y de la tiranía.

La línea que separa la ficción de la realidad es a veces tan estrecha que casi se confunden. Como argumenta el antropólogo y escritor Ruy Duarte de Carvalho, “[u]na acción que se invente es siempre una acción posible, real por lo tanto” (Carvalho, 1992 [1977]: 20). Gabriel García Márquez se refiere a José Félix Fuenmayor que tenía el “principio básico de que las diferencias entre la vida y la literatura eran simples errores de forma”<sup>2</sup> (García Márquez, 2003[2002]: 130).

Cualquier producto cultural puede ser entendido no solamente como una parte integrante del mundo real sino también como un elemento clave de la configuración del mundo (cf. Archetti, 1994: 13). Es precisamente una configuración del mundo que la literatura ayuda a construir. Como refiere Fowler, “tratar la literatura como discurso es ver el texto como mediador de relaciones entre utilizadores de la lengua: no solamente relaciones de habla, sino también de conciencia, ideología, papel y clase. El texto deja de ser un objeto y se transforma en acción o proceso”<sup>3</sup> (Fowler, 1981: 66). La literatura –oral o escrita– como otras formas de expresión artística, de las más tradicionales a las más modernas, transporta en sí misma mensajes con contenidos culturales e ideológicos. Es en esta línea que se encuadran los análisis de la literatura desde el punto de vista de la antropología.

Los relatos tradicionales de las culturas amerindias, como todos los mitos de todos los pueblos del mundo, presentan aspectos estructurantes que son esenciales a la percepción de la realidad, pero son también formas de ordenar y dar perspectivas comunes al grupo que les dio origen y al que se aplican. Estos textos, de carácter religioso y mágico, con marcados contenidos simbólicos presentados y validados oralmente –hablados, cantados y gráficamente representados en dibujos, máscaras-

<sup>1</sup> Agradezco a la Profesora María Fernanda de Abreu por haber sugerido este tema y por su ayuda al compartir un poco de su inmensa sabiduría sobre América Latina y sobre las literaturas hispánicas.

<sup>2</sup> Traducción propia

<sup>3</sup> Traducción propia.

ras o esculturas— son, desde siempre, reconocidos por la antropología como elemento relevante para el estudio de las culturas tradicionales de los pueblos “sin escritura”. En estos textos no escritos, transmitidos de generación en generación, puede suponerse un origen marcadamente popular o una elaborada creación de las elites que detentan el poder (político, religioso, económico) y pretenden consolidarse al establecer y propagar a los demás formas de pensar, proceder y sentir adecuadas a sus expectativas. Estos relatos se presentan en formas diversas y están llenos de fantasía, metáforas, alegorías y fábulas, que configuran un hipertexto de las culturas de los pueblos. Para quien las quiere disfrutar y entender en su plenitud debe leerse tanto en las líneas como en las entrelíneas y quizás sobretodo en estas últimas.

También la literatura de viajes, y en particular la que describe los primeros contactos con las culturas del Nuevo Mundo, fue desde hace mucho considerada relevante por las diversas disciplinas de las ciencias sociales y de las humanidades.

### 1. LA LITERATURA ESCRITA DE FICCIÓN COMO FUENTE EN LA ANTROPOLOGÍA

La literatura escrita de ficción no es todavía una fuente común para la antropología. En algunos textos de antropólogos surgen algunas referencias literarias, sobretodo de contenido marcadamente etnográfico, como elemento casi decorativo para ilustrar otras fuentes. Sin embargo, la literatura escrita de ficción puede tener un papel central en el análisis antropológico, especialmente si lo que buscamos entender no es la verdad de los hechos —una categoría siempre ilusoria— sino la forma de entenderlos, interpretarlos y transmitirlos. Así, para validar la literatura de ficción como fuente, podemos entender el texto de la novela como un relato de un informante complejo, construido a partir de sus personajes y sus múltiples interacciones.

Entendemos así la literatura de ficción como una representación de la realidad y una propuesta de configuración del mundo de un autor que quiere transmitir a sus lectores un mensaje. Los textos literarios presentan puntos de vista, no necesariamente elitistas, de una elite letrada (observadores/autores/narradores), como si fueran informantes en el campo de estudio antropológico. Las literaturas pueden aprovecharse, entonces, como formas de expresar ideas y de transmitir puntos de vista sobre las realidades sin que, por supuesto, podamos entenderlas como otra cosa que no sean formas de representar e interpretar el mundo.

Para Bourdieu, “la relación entre el mundo social y las obras culturales en la lógica del reflejo, liga directamente las obras a las características sociales de los autores (a su origen social) o grupos que eran sus destinatarios reales o supuestos, y cuyas expectativas se cree que cubren las obras”<sup>4</sup> (Bourdieu, 1996[1994]: 40). Efectivamente, el sujeto creador de una obra literaria es como un “artesano que elabora una obra a partir de materiales que son propiedad de una colectividad: una lengua, una Historia, unos mitos, una literatura, toda una herencia cultural, en el sentido más amplio de la palabra, un modo de vivir, de sentir, de pensar” (Esquerro, 1987: 64).

En las novelas de dictadores la densidad de los personajes de los dictadores que cada uno de los escritores nos presenta es riquísima, los contextos son perfectamente posibles, cuando no iden-

<sup>4</sup>Traducción propia.

tificables de inmediato con situaciones reales, y la trama está llena de detalles verosímiles que nos inducen una increíble mezcla de sensaciones. *El Señor Presidente de Asturias* expresa su posición ambigua: “¡Soy la mentira de todas las cosas reales, la realidad de todas las ficciones!” (Asturias, 2005[1946]: 133). Los hechos y los personajes son ficticios, sin embargo, no podemos dejar de sorprendernos con la similitud y con la coincidencia entre estos dictadores “en papel” y los otros, tan siniestramente reales.

Al presentar aquí algunas de las novelas consagradas no se agota ni el tema ni el conjunto de obras posibles, incluyendo novelas, cuentos, poesía y otras formas de expresión literaria y artística. El corpus seleccionado incluye algunas obras clásicas de este subgénero como *Tirano Banderas, una novela de tierra caliente* de Ramón del Valle-Inclán; *Yo el Supremo* de Roa Bastos; *La fiesta del chivo* de Vargas Llosa; *El señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias; *El otoño del patriarca* de García Márquez; y *El recurso del método* de Alejo Carpentier.

Algunas de las novelas de dictadores refieren ocurrencias, lugares y personajes históricos claramente definidos, presentados de forma realista, como es el caso de *La fiesta del chivo* de Vargas Llosa. Otras hablan de dictadores sin nombrar específicamente ningún caso concreto, como, por ejemplo, *Tirano Banderas*, de Valle-Inclán. A pesar de presentar estilos muy distintos estas novelas exhiben características comunes que cumplen una función social de denuncia del terror de las dictaduras. En eso están acompañadas de otros tipos literarios y también de otras formas de expresión artística.

Trazar el decurso de cada uno de estos autores sería un ejercicio sin duda curioso: ¿quiénes escriben sobre dictadores?, ¿qué les mueve a buscar sentido literario y estético para describir los horrores de sus patrias, de su continente, de su mundo? Para Miguel Ángel Asturias, “[e]l novelista debe ser un testigo de su época, debe buscar las realidades vivas de su país, sus aspiraciones y marchar a su lado para dejar hablar a la consciencia de su propia expresión a través de personajes y situaciones” (cit. en Lanoë d’Aussenac, 2005: 75). La opción de escribir sobre las dictaduras es una toma de posición política de quienes asumen ser los portadores del sentir de los que no tienen voz.

Indicaciones claras de que la ficción —como otras formas de expresión artísticas— es políticamente relevante son, de una parte, la importancia de la literatura y de las artes como elementos de propaganda para todo tipo de regímenes políticos y, de otra, la represión que ejercen todos los regímenes antidemocráticos sobre los intelectuales disidentes. La prensa, los radios y las televisiones, y ahora también Internet, son objeto de censura o bloqueo total. Como dice García Márquez en *El coronel no tiene quien le escriba*: “Es difícil leer entre líneas lo que permite publicar la censura” (García Márquez, 2005: 23) y, en todos los casos, está “[p]rohibido hablar de política” (*ibidem*: 53). Hay límites respecto a lo que se puede decir, ver, oír e incluso pensar.

La censura en la mayoría de los casos impide la publicación no solamente de obras de autores nacionales, sino también todos los libros que se consideran peligrosos por atentar contra el orden establecido. Cuando los libros son producidos en el exterior el control pasa a ejercerse sobre las

librerías y sobre todas las formas posibles de distribución. También tener y leer libros u otros productos culturales prohibidos es considerado un delito. A las listas –siempre largas y en no raras ocasiones absurdas– de libros, películas, canciones, piezas de teatro y otras formas de expresión artística prohibidas corresponden autores e intelectuales acusados de delitos de opinión que llevaron a muchos al exilio, a la cárcel, cuando no a la tortura o incluso a la muerte.

## 2. LOS DICTADORES

Hay mucho en común entre estas dictaduras “de papel” y las dictaduras iberoamericanas. Las formas de ejercicio del poder, el papel de las elites afectas al régimen, de los militares, de la Iglesia y de las potencias extranjeras, el papel de las oposiciones, la represión, el exilio, los desaparecidos, la tortura y los asesinatos son, entre otros, temas habituales en todas ellas, sean de izquierda o de derecha.

En las novelas, la imagen del dictador es construida para evidenciar su posición, casi divina. El dictador es presentado como el jefe supremo, el padre de la nación, el salvador de la patria. Asturias describe el Señor “Presidente de la República, Benemérito de la Patria, Jefe del Gran Partido Liberal y Protector de la Juventud Estudiosa” (Asturias, 2005[1946]: 133) y “muy ilustre protector de las clases necesitadas, que vela por nosotros con amor de padre y lleva a nuestro país, como ya dije, a la vanguardia del progreso” (*ibidem*, 208). Vargas Llosa describe a su Excelencia el Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina como el Jefe, el Generalísimo, el Benefactor, el Padre de la Patria Nueva (cf. Llosa, 2006[2000]: 15). Tirano Banderas de Valle-Inclán, General Santos Banderas, El Generalito, Niño Santos, o el glorioso pacificador de Zamalpoa (Valle-Inclán, 2006[1937]) es, como nos dice Zamora Vicente, un personaje “en el que es fácil reconocer los rasgos de tantos dictadores”. Valle-Inclán, en una carta, define *Tirano Banderas* como “[I]a novela de un tirano con rasgos del Doctor Francia [República Dominicana], de Rosas [Argentina], de Melgarejo [Bolivia], de López [México], y de don Porfirio [Díaz, México], todo ellos *caudillos* destacados que marcaron una época de la historia político-social de Hispanoamérica” (Zamora Vicente, 2006: 9-10, nota al pie 2).

El origen de estos dictadores, su genealogía e historia personal es muchas veces improbable para alguien que alcanzó una posición de tanto poder. A veces su origen es oscuro, pero tampoco eso es una peculiaridad exclusiva de los dictadores de las novelas, ya que varios dictadores tienen orígenes humildes, y más tarde se destacaron en carreras militares que desarrollaron con más severidad que escrúpulo. El Supremo construye una genealogía confusa con varias versiones, donde sus orígenes se tornan imposibles de apurar (Cf. Roa Bastos, 1987[1974]: 423/424). Trujillo intentaba disfrazar su herencia negra y Tirano Banderas descendía de indios. El Señor Presidente “[a] hablar de su pueblo natal frunció el entrecejo, la frente calmada de sombras; volvióse al mapa de la República, que en ese momento tenía a la espalda, y descargó un puñetazo sobre el nombre de su pueblo. Un columbrón a las calles que transitó de niño, pobre, injustamente pobre, que transitó de joven, obligado a ganarse el sustento en tanto los chicos de buena familia se pasaban la vida de francachela en francachela. Se vio empequeñecido en el hoyo de sus coterráneos, aislado de todos y bajo el velón que le permitía instruirse en las noches, mientras su madre dormía en un catre de tije-

ra y el viento con olor de carnero y cuernos de chiflón topeteaba las calles desiertas. Y se vio más tarde en su oficina de abogado de tercera clase, entre marraneas, jugadores, cholojeras, cuatrerros, visto de menos por sus colegas que seguían pleitos de campanillas” (Asturias, 2005[1946]: 337).

El hombre que está detrás del dictador tendrá sus fragilidades humanas pero su imagen es casi de superhombre. Tirano Banderas repite a menudo: “Yo no duermo” (Valle-Inclán, 2006 [1937]: 43). También el Presidente de la República de la novela de Asturias es reputadamente insomne: “sus amigos aseguraban que no dormía nunca” (Asturias, 2005[1946]: 119). El Trujillo de Vargas Llosa (2006[2000]) no duerme, no suda y no tiene molestias aparentes, su resistencia física a pesar de su edad es envidiable, aunque su esfínter no se controla y su decadencia sexual se acentúa. El Primer Magistrado de Carpentier “aun situado en los umbrales de la vejez, aun menguado en su arquitectura de carne, seguía duro, fuerte y bragado, lleno de macheza, macho y remacho. Seguiría jodiendo a sus enemigos mientras le quedaran energías” (Carpentier, 2004 [1974]: 161).

La descripción física del dictador en las novelas acentúa estas características. El Tirano Banderas mascaba coca y “[t]enía una verde senectud la mueca humorística de la momia indiana” (Valle-Inclán, 2006 [1937]: 221). En la novela de Asturias, “[e]l Presidente vestía, como siempre, de luto riguroso: negros los zapatos, negro el traje, negra la corbata, negro el sombrero que nunca se quitaba; en los bigotes canos, peinados sobre las comisuras de los labios, disimulaba las encías sin dientes, tenía los carrillos pellejados y los párpados como pellizcados” (Asturias, 2005[1946]: 145). Trujillo cuidaba su imagen: “Cuando estuvo peinado y hubo retocado los extremos del bigotillo semimosca que llevaba hacía veinte años, se talqueó la cara con prolijidad, hasta disimular bajo una delicadísima nube blanquecina aquella morenez de sus maternos ascendientes, negros haitianos, que siempre había despreciado en las pieles ajenas y en la propia” (Vargas Llosa, 2006[2000]: 39).

En contrapunto, a la brutalidad de carácter se asocia a veces un exagerado gusto por las obras memorables. El Tirano Banderas de Valle-Inclán mantiene: “No puede negársele al pueblo pan y circo”, y afirma: “¡El pueblo, libre de propagandas funestas, es bueno! ¡Y el rigor muy saludable!” (Valle-Inclán, 2006 [1937]: 215). En el libro de Vargas Llosa, el dictador bautizó la capital del país con su nombre: Ciudad Trujillo. Al Primer Magistrado de *El Recurso del Método* de Alejo Carpentier (2004[1974]) le gustaba la ópera y las grandes edificaciones de estilo clásico, que inauguraba con pompas exquisitas para alegrar el pueblo.

El papel civilizador es también común entre los dictadores de estas novelas, incluso si la idea de desarrollo es sólo una excusa para la ostentación a expensas del bienestar del pueblo. Carpentier se refiere a *Facundo* de Sarmiento y sus “conceptos sobre el dramático destino de los pueblos latinoamericanos, siempre trabados en combate maniqueísta entre civilización y barbarie, entre el progreso y el caudillismo” (Carpentier, 2004[1974]: 51). Sin pararse en gastos, el Primer Magistrado planificaba una nueva ciudad, centro monumental de su poder, dado que “[e]l país conocía una prosperidad asombrosa, ciertamente. Pero el creciente costo de vida tenía al pobre de siempre en la miseria de siempre –desayuno de plátano asado, batata a mediodía, mendrugo y mandioca al fin de

la jornada, con alguna cecina de chivo soleado o tasajo de vaca aftosa para domingos y cumpleaños— a pesar de la aparente bonanza de sueldos” (Carpentier, 2004[1974]: 202).

La corrupción generalizada entre los servidores públicos es otro de los temas recurrentes. Asturias apunta las dimensiones absurdas de la corrupción y la distribución desigual de los recursos porque había “unos sin lo necesario, obligados a trabajar para ganarse el pan, y otros con lo superfluo en la privilegiada industria del ocio: amigos del Señor Presidente, propietarios de casas—cuarenta casas, cincuenta casas—, prestamistas de dinero al nueve, nueve y medio y diez por ciento mensual, funcionarios con siete y ocho empleos públicos, explotadores de concesiones, montepíos, títulos profesionales, casas de juego, patios de gallos, indios, fábricas de aguardiente, prostíbulos, tabernas y periódicos subvencionados” (Asturias, 2005[1946]: 126). Trujillo, su familia y sus seguidores acumulaban en sus manos parte considerable de los recursos del país mientras robaban divisas en anticipación de la posible queda del régimen. La percepción de que todo se justificaba esta patente en Trujillo que “[s]e sentía tan amarrado a este país de malagradecidos, cobardes y traidores. Porque para sacarlo del atraso, el caos, la ignorancia y la barbarie, se había reñido de sangre muchas veces. ¿Se lo agradecerían en el futuro estos pendejos?” (Vargas Llosa, 2006[2000]: 99).

### 3. LAS DICTADURAS

Veámos que la apología del desarrollo y la modernización para combatir el retraso del país sirven para propagar el ideal del progreso, y acompañan la idea de nación soberana. Pero también la dependencia externa y los compromisos con las grandes potencias y con empresas multinacionales son recurrentes, como es el caso de la empresa norteamericana *United Fruit Company* mencionada por varios autores.

La sobreexplotación de los recursos y la utilización de mano de obra a bajo precio son benéficas para las multinacionales y para las elites del país. Los indígenas ocupan en la jerarquía social el nivel más bajo, reducidos a una condición casi infantil con lo que se justifica la alienación de sus derechos, incluso de los más elementales. Se dice en *Tirano Banderas* que “[e]l indio, dueño de la tierra, es una aberración demagógica, que no puede prevalecer en cerebros bien organizados” (Valle-Inclán, 2006 [1937]: 48). Además, “[e]l indio es naturalmente ruin, jamás agradece los beneficios del patrón, aparenta humildad y esta afilando el cuchillo: Sólo anda derecho con el rebenque: Es más flojo, trabaja menos y se emborracha más que el negro antillano” (Valle-Inclán, 2006 [1937]: 62).

En los procesos de independencia formal de la colonia y la liberación de la patria, los criollos son elementos fundamentales. Pero los valores que dieron origen a los países independientes son también puestos en cuestión, como dice Don Celestino: “Las revoluciones, cuando triunfan, se hacen muy prudentes” (Valle-Inclán, 2006 [1937]: 48). Las nuevas elites se aplican en mantener sus privilegios y aún reforzarlos, como denuncia el licenciado Sánchez Ocaña: “El criollaje conserva todos los privilegios, todas las premáticas de las antiguas leyes coloniales. Los libertadores de la primera hora no han podido destruirlas, y la raza indígena, como en los peores días del virreinato,

sufre la esclavitud de la Encomienda. Nuestra América se ha independizado de la tutela hispánica, pero no de sus prejuicios, que sellan con pacto de fariseos, Derecho y Catolicismo. No se ha intentado la redención de indio que, escarnecido, indefenso, trabaja en los latifundios y en las minas, bajo el látigo del capataz” (Valle-Inclán, 2006 [1937]: 69).

El mantenimiento del poder se justifica por el mayor bien que el régimen trae a la Patria. Se apoya, en un equilibrio inestable, en un sistema complejo de propaganda, delatores, servidores fieles, la Iglesia y las potencias extranjeras. Sumamente cambiantes son las relaciones exteriores, necesarias para mantener la independencia, por un lado, y para garantizar los apoyos que permiten –o no– que el régimen sobreviva. En *Tirano Banderas*, uno de los representantes extranjeros, Mister Contum, asegura que “[s]i el criollaje perdura como dirigente, lo deberá a los barcos y a los cañones de Norteamérica” (Valle-Inclán, 2006 [1937]: 63). Hay, naturalmente, contrapartidas económicas y políticas.

La figura del dictador surge a veces asociada a una imagen de sacrificio. Tirano Banderas, al dar cuenta del peso de sus responsabilidades, se presenta y justifica: “Santos Banderas no tiene la ambición de mando que le critican sus adversarios: Santos Banderas les garante que el día más feliz de su vida será cuando pueda retirarse y sumirse en la oscuridad a labrar su predio, como Cincinato. Crean, amigos, que para un viejo son fardel muy pesado las obligaciones de la Presidencia. El gobernante, muchas veces precisa ahogar los sentimientos de su corazón, porque el cumplimiento de la ley es la garantía de los ciudadanos trabajadores y honrados: El gobernante, llegado el trance de firmar una sentencia de pena capital, puede tener lágrimas en los ojos, pero a su mano no le está permitido temblar. Esta tragedia del gobernante, como les platicaba recién, es superior a las fuerzas de un viejo. Entre amigos tan leales, puedo declarar mi flaqueza, y les garantizo que el corazón se me desgarraba al firmar los fusilamientos de Zamalpoa. ¡Tres noches he pasado en vela!” (Valle-Inclán, 2006 [1937]: 38).

El mantenimiento del régimen y de la independencia ilusoria justifica todo, incluso los masacres. “¿Que importan cinco, diez, veinte mil haitianos si se trata de salvar a un pueblo?” (Vargas Llosa, 2006 [2000]: 20).

Las relaciones con la Iglesia son también ambivalentes. De una parte, los valores morales y el apoyo al régimen es claramente relevante, por otra, los abusos de poder y la legitimación pueden transformar la Iglesia en una pesadilla para los dictadores. En *La fiesta del chivo* de Vargas Llosa se refleja el poder de “[l]a Iglesia, sí. Perón se lo advirtió, al partir de Ciudad Trujillo, rumbo a España: ‘Cuídese de los curas, Generalísimo. No fue la rosca oligárquica ni los militares quienes me tumbaron; fueron las sotanas. Pacte o acabe con ellas de una vez’”. (Vargas Llosa, 2006 [2000]: 35) y, más aún, la Iglesia tiene su papel, como se puede comprobar en *Yo el Supremo*, donde se establece un ajuste peculiar entre el régimen y la religión: “Con su propio esfuerzo el Paraguay ha labrado su fundamento de Patria, de Nación, de República. La educación que reciben es nacional. La iglesia, la religión, también lo son. Los niños aprenden en el Catecismo Patrio que Dios no es un fantasma ni los santos una tribu de negras supersticiones con corona de latón dorado. Sienten que

si Dios es algo más que una palabra muy corta está en la tierra que pisan, en el aire que respiran, en los bienes ganados en el trabajo colectivo; no pordioseando de uno en fondo a la mala de Dios por atrios, calles, mercados, pueblos, villas, ciudades y desiertos. Formados en el seno de la tierra la consideran su verdadera madre. Tratan a los demás conciudadanos como a hermanos salidos del mismo seno. Hum. Tacha esta imagen de la tierra-madre. No entrará en el magín de esos hijos de mala madre” (Roa Bastos, 1987[1974]: 446).

La ilusión de que el régimen se mantiene por voluntad popular puede consolidarse a través de elecciones que intentan callar las presiones internas y externas. En *El Señor Presidente* de Asturias un cartelón apela en nombre de la estabilidad a la reelección del Presidente: “¡CIUDADANOS! Pronunciar el nombre del Señor Presidente de la República, es alumbrar con las antorchas de la paz los sagrados intereses de la Nación que bajo su sabio mando ha conquistado y sigue conquistando los inapreciables beneficios del Progreso en todos los órdenes y del ¡¡¡Orden en todos los progresos!!! Como ciudadanos libres, conscientes de la obligación en que estamos de velar por nuestros destinos, que son los destinos de la Patria, y como hombres de bien, enemigos de la Anarquía, ¡¡¡proclamamos!!! que la salud de la República está en la ¡REELECCIÓN DE NUESTRO EGREGIO MANDATARIO Y NADA MÁS QUE EN SU REELECCIÓN! ¿¿¿Por qué aventurar la barca del Estado en lo que no conocemos, cuando a la cabeza de ella se encuentra el Estadista más completo de nuestros tiempos, aquel a quien la Historia saludará Grande entre los Grandes, Sabio entre los Sabios, Liberal, Pensador y Demócrata??? ¡¡¡El sólo imaginar a otro que no sea Él en tan alta magistratura es atentatorio contra los Destinos de la Nación, que son nuestros destinos, y quien tal osara, que no habrá quién, debería ser excluido por loco peligroso, y de no estar loco, juzgado por traidor a la Patria conforme a nuestras leyes!!! ¡CONCIUDADANOS, LAS URNAS OS ESPERAN! ¡VOTAD! POR! NUESTRO! CANDIDATO! QUE! SERÁ! REELECIDO! POR! EL! PUEBLO!” (Asturias, 2005 [1946]: 370).

Las dictaduras más feroces son a veces objeto de presiones y pueden permitir una aparente apertura, sobre todo en periodos electorales, lo que les permite hacer creer que se trata de un régimen de acuerdo con las normas de un Estado de derecho y que las instituciones funcionan como en las democracias multipartidarias. En *Tirano Banderas*, Don Celestino Galindo, Don Celes, se congratula de la buena voluntad del tirano al afirmar: “El Gobierno del General Banderas, con la autorización de esta propaganda, atestigua su respeto por todas las opiniones políticas. ¡Es un acto que acrecienta su prestigio! El General Banderas no teme la discusión, autoriza el debate. Sus palabras, al conceder el permiso para el mitin de esta noche, merecen recordarse: ‘En la ley encontrarán los ciudadanos el camino seguro para ejercitar pacíficamente sus derechos’. ¡Convengamos que así sólo habla un gran gobernante! Yo creo que se harán históricas las palabras del Presidente” (Valle-Inclán, 2006 [1937]: 61).

Pero el gesto del poder sería engañoso. Al permitir la realización de un mitin creó las condiciones para llevar a la cárcel a sus opositores. Y es que el mantenimiento del poder justifica todos los medios, incluso los más infames. En *La fiesta del chivo* se describe la prisión de los opositores, y en este caso de los tiranicidas. Los servicios de información y los militares son elementos clave en

todas las dictaduras. Todo está vigilado. Los opositores de dentro y de fuera del sistema de poder son reprimidos, alejados, encarcelados, torturados o asesinados. Las sesiones de tortura descritas y la ejecución de tres jóvenes soldados inocentes para eludir la vigilancia de las organizaciones de defensa de los derechos humanos son ejemplares.

En *El Señor Presidente*, de Asturias, un escribano designado como “¡ese animal!” fue condenado a doscientos palos por haber derramado tinta sobre los papeles del Señor Presidente, pero “no los aguantó y se murió” (Asturias, 2005[1946]: 144). La iniquidad es total: “¡Los chingados tiburones ya se aburren de tanta carne revolucionaria, y todavía no se satisface el cabrón Banderas! ¡Putá Madre!” (Valle-Inclán, 2006 [1937]: 156).

Las sevicias aplicadas a los opositores son descritas por varios autores entre ellos Alejo Carpentier en *El recurso del método*: “Por fulminante disposición presidencial quedaron suspendidos los carnavales, y la Prisión Moderna se llenó de máscaras. Y hubo aullidos y estertores, y garrottes apretados, y fresas de dentista girando en muelas sanas, y palos y latigazos, y sexos taconeados, y hombres colgados por tobillos y muñecas, y gentes paradas durante días sobre rodas de carretas, y mujeres desnudas, corridas a cintarazos por los corredores, despatarradas, violadas, de pechos quemados, de carnes penetradas con hierro sal rojo; y hubo fusilamientos fingidos y fusilamientos de verdad, salpicaduras de sangre y plomo de máuseres en las paredes de reciente construcción, aún olientes a mezclas de albañil; y hubo defenestraciones, estrapadas, enclavamientos, y gente trasladada al Gran Estadio Olímpico donde había mejor espacio para ametrallar en masa –evitándose, así, la pérdida de tiempo que significaba la formación de pelotones y piquetes de ejecución–; y hubo también aquellos que, metidos en grandes cajas rectangulares, fueran recubiertos de cemento, en tal forma que los bloques acabaron por alinearse al aire libre, a un costado de la cárcel, tan numerosos que pensaron los vecinos que se trataba de material de cantería destinada a futuras ampliaciones del edificio...” (Carpentier, 2004[1974]: 262).

Los dictadores se mantienen en la poltrona del poder, ayudados por muchos acólitos, respecto a los cuales no guardan ninguna clase de lealtad. Un amigo del dictador puede transformarse de un día al otro en una víctima más de la iniquidad como, entre otros, Miguel Cara de Ángel (bello y malo como Satán), hombre de confianza del Señor Presidente, y el general Canales, en *El Señor Presidente*; o Agustín Cabral, el padre de Urania en *La fiesta del chivo*. Siempre se alega el sacrificio personal a favor del mantenimiento de ciertos valores y se admiten algunos desmanes: “Me hubiera gustado ser sólo un estadista, un reformador. Pero, gobernar tiene una cara sucia, sin la cual lo que usted hace sería imposible. ¿Y el orden? ¿Y la estabilidad? ¿Y la seguridad? [...], no me diga que no sabe como se consigue la paz. Con cuanto sacrificio y cuanta sangre” (Vargas Llosa, 2006 [2000]: 308).

La paradoja es que el poder ilimitado, adquirido a través de la represión, es también la condenación del dictador por sus mismos hechos. Dice Roa Bastos en *Yo el Supremo*: “¿Creíste que de ese modo abolías el azar? Puedes tener prisioneros en las mazmorras a quinientos oligarcas traidores; hasta el último de los antipatriotas y contrarrevolucionarios. Casi podrías afirmar que la

Revolución está a salvo de las consideraciones. ¿Dirías lo mismo de esas infinitas miradas de aerolitos que rayan el universo en todas direcciones? Con ello el azar dicta sus leyes anulando la vértice-calidad de tu Poder Absoluto. Escribes las dos palabras con mayúsculas para mayor seguridad. Lo único que revelan es tu inseguridad. Pavor cavernario. Te has conformado con poco. Tu horror al vacío, tu agorafobia disfrazada de negro para confundirte con la oscuridad te ha marchitado el juicio. Te ha carcomido el espíritu. Ha herrumbrado tu voluntad. Tu poder omnímodo, menos que chatarra. Un solo aerolito no hace soberano. Está ahí; es cierto. Pero tú estás encerrado con él. Preso. Rata gotosa envenenada por su propio veneno. Te ahogas. La vejez, la enferma-edad, enfermedad de la que no se curan ni los dioses, te acogota” (Roa Bastos, 1987[1974]: 211).

#### 4. EL FINAL DE LAS DICTADURAS

En el *Otoño del patriarca* de García Márquez, dictadores depuestos se trasladan a un grotesco exilio dorado: “En diciembre, cuando el mundo del Caribe se volvía de vidrio, subía en el carricoche por las cornisas de rocas hasta la casa encaramada en la cumbre de los arrecifes y se pasaba la tarde jugando dominó con los antiguos dictadores de otros países del continente, los padres destrozados de otras patrias a quienes él había concedido el asilo a lo largo de muchos años y que ahora envejecían en la penumbra de su misericordia soñando con el barco quimérico de la segunda oportunidad en las sillas de las terrazas, hablando solos, muriéndose muertos en la casa de reposo que él había construido para ellos en el balcón del mar después de haberlos recibido a todos como si fueran uno solo, pues todos aparecían de madrugada con el uniforme de aparato que se habían puesto al revés sobre la pijama, con un baúl de dinero saqueado del tesoro público y una maleta con un estuche de condecoraciones, recortes de periódicos pegados en viejos libros de contabilidad y un álbum de retratos que le mostraban a él en la primera audiencia como si fueran las credenciales, diciendo mire usted, general, éste soy yo cuando era teniente, aquí fue el día de la posesión, aquí fue en el decimosexto aniversario de la toma del poder, aquí, mire usted general, pero él les concedía el asilo político sin prestarles mayor atención ni revisar credenciales porque el único documento de identidad de un presidente derrocado debe ser el acta de defunción, decía, y con el mismo desprecio escuchaba el discursillo ilusorio de que acepto por poco tiempo su noble hospitalidad mientras la justicia del pueblo llama a cuentas al usurpador, la eterna fórmula de solemnidad pueril que poco después le escuchaba al usurpador, y luego al usurpador del usurpador como si no supieran los muy pendejos que en este negocio de hombres el que se cayó se cayó, y a todos los hospedaba por unos meses en la casa presidencial, los obligaba a jugar dominó hasta despojarlos del último céntimo” (García Márquez, 2004: 24-25).

La caída en desgracia de un dictador se procesa de formas distintas. El dictador de *El Recurso del Método*: “No quería tener el triste fin del tirano Rosas, fenecido obscuramente en Swathling, olvidado por todos –hasta por su hija Manuelita–. No quería parecerse a Porfirio Díaz, el de México, muerto en vida, que paseaba su propio cadáver, enlevitado, enguantado, de solemne sombrero, por las avenidas del Bois, entre los hules negros, casi luctuosos, de un hondo faetón tirado por caballos cuya ambladura anunciaba ya el paso, acompasado y lento, de próximos funerales...” (Carpentier, 2004 [1974]: 161-162). Como todos los dictadores, el Primer Magistrado de *El Recurso del Método* de Alejo Carpentier tiene muchos enemigos y teme ser asesinado: “sabía que

muchos, muchísimos, demasiados muchos, soñaban con que alguien, alguna vez, tuviese el valor de asesinarlo” (Carpentier, 2004 [1974]: 161). Sorprendente es la reacción a la muerte del tirano. Las exequias del dictador Trujillo, movilizan la muchedumbre: “Por el camino, veían por las ventanas [del coche] la gigantesca, la proliferante multitud, a la que se seguían añadiendo grupos de hombres y mujeres venidos de las afueras de Ciudad Trujillo y pueblos vecinos. La cola, en filas de cuatro o cinco, era de varios kilómetros y los guardias armados apenas podían contenerla. Llevaban muchas horas esperando. Había escenas desgarradoras, llantos, alardes histéricos, entre los que ya habían alcanzado los graderíos de Palacio y se sentían cerca de la cámara fúnebre del Generalísimo” (Vargas Llosa, 2006[2000]: 464).

En *Yo el Supremo*, el oficio del comandante de Villa Franca menciona las exequias del dictador: “[E]n la misa el padre cura predicó la oración fúnebre exponiendo por tema: Que el Excelentísimo Supremo finado Dictador había desempeñado no sólo las obligaciones de un Fiel Ciudadano, sino también de un Fiel Padre y Soberano de la República. Pero la oración quedó incompleta a causa de no poder la multitud ni el padre contener el llanto que, silencioso al principio, reventó en desacompañada lamentación. El Predicador se apeó del pulpito bañado en lágrimas. Todo era en rededor gemidos, sollozos, lamentos desgarradores. Muchos se arrancaban los cabellos con gritos de profundo dolor. Almas paraguayas en su máxima intensidad. Lo mismo la apreciable cantidad de hasta más de veinte mil indios que llegaron de ambas márgenes a celebrar sus ceremonias funerarias delante del templo, mezclados a la multitud. La agitación que se sintió sobrepasa toda descripción” (Roa Bastos, 1987[1974]: 104).

## 5. PARA TERMINAR

La persistencia de estos dictadores en la memoria del pueblo presenta aspectos contradictorios. Para uno de los personajes de *La fiesta del chivo*, Trujillo “[s]ería un dictador y lo que digan, pero parece que entonces se vivía mejor. Todos tenían trabajo y no se cometían tantos crímenes” (Vargas Llosa, 2006 [2000]: 129-130).

Una de las características de los mitos de la tradición literaria oral es la atemporalidad que marca los ciclos de la vida de los pueblos y las permanencias de sus creencias. En las novelas de dictadores podemos encontrar un tiempo histórico, claramente definido, y, al mismo tiempo, marcas semejantes a la atemporalidad que caracteriza los mitos. Esto permite reforzar la regularidad de las lógicas de estos regímenes. Por ejemplo, en *Yo el Supremo*, el más complejo en la construcción del discurso y la mezcla de tiempos históricos muy distintos, se extiende durante más de doscientos años. La acción de *Tirano Banderas* ocurre apenas en tres días. *La fiesta del chivo* tiene acciones entrelazadas de treinta años, recurriéndose a *flash-backs* que acompañan los preparativos en torno del tiranicidio. A pesar de la delimitación de fechas plausibles el decurso de la acción se estructura simbólicamente como si el tiempo estuviera suspendido y todos los dictadores de todos los tiempos se unificaran en su barbaridad.

Tras la imagen del dictador todopoderoso y cruel subyace un hombre con sus fragilidades y quizás con su humanidad, que es parte integrante de su carisma. La figura del dictador no es lineal. Su

imagen en las novelas es compleja, como complejos son los dictadores en la realidad. Ilustrativo es *Yo el Supremo*, el título mismo denuncia una dualidad, *Yo* y *El*, de partes de un mismo ser en permanente contradicción cuando no en conflicto: “[A]tacaban a El Supremo como a una sola persona sin tomarse el trabajo de distinguir entre Persona-corpórea/Figura-impersonal. La una puede envejecer, finar. La otra es incesante, sin término. Emanación, imanación de la soberanía del pueblo, maestro de cien edades...” (Roa Bastos, 1987[1974]: 212). Como señala Milagros Esquerro en la introducción a la figura privada y particular, con sus variaciones, debilidades y su mortalidad (*Yo, el hombre*), se contraponen a una persona impersonal, invariable, inmutable e inmortal (Él, el dictador) (cf. Esquerro, 1987: 68).

Las novelas son, en la perspectiva de Edward Said, “del mundo, hasta cierto punto, e incluso cuando parecen negarlo, son todavía una parte del mundo social, de la vida humana y, claro, del momento histórico en el que están situadas y son interpretadas” (Said, 1983: 4)<sup>5</sup>.

Las novelas son sociales porque derivan de la sociedad y sus autores son seres sociales como lo son sus lectores. En ocasiones “la ficción puede llegar a suplantar la realidad, como un buen día la fábula se hace historia” (García Márquez, 1998: 114, cit. por Abreu, 2004: 14). La mediación entre el real y lo imaginado configura, no raras veces, una perspectiva de sabidurías comunes como la memoria, y es que las novelas son como espejos donde se proyecta una imagen capaz de revelar el mundo a su alcance.

---

<sup>5</sup>Traducción propia.

**BIBLIOGRAFÍA**

- Abreu, M. F. (2004) “Gabriel García Márquez: Memórias, fábula, História”, *Actas do Colóquio Internacional Literatura e História*, Porto, Faculdade de Letras do Porto, Departamento de Estudos Portugueses e Estudos Românicos, pp. 15-17.
- Archetti, E. P. (ed.) (1994) *Exploring the written Anthropology and the multiplicity of writing*, Oslo, Scandinavian University Press.
- Asturias, M. Á. (2005 [1946]) *El señor presidente*, Madrid, Cátedra.
- Bourdieu, P. (1996 [1994]) *Razões práticas: Sobre a teoria da acção*, Oeiras, Celta.
- Carpentier, A. (2004 [1974]) *El recurso del método*, Losada, Buenos Aires.
- Esquerro, M. (1987) “Introducción”, en A. Roa Bastos (1987 [1974]) *Yo el Supremo*, Madrid, Cátedra.
- Fowler, R. (1981) *Literature as social discourse*, London, Batsford.
- García Márquez, G. (2003 [2002]) *Viver para contá-la*, Lisboa, Edições D. Quixote.
- García Márquez, G. (2004 [1975]) *El otoño del patriarca*, Barcelona, De bolsillo.
- García Márquez, G. (2005 [1961]) *El coronel no tiene quien le escriba*, Barcelona, De bolsillo.
- Roa Bastos, A. (1987 [1974]) *Yo el supremo*, Madrid, Cátedra.
- Rulfo, J. (2005 [1953]) *Pedro Páramo*, Barcelona, Editorial Anagrama.
- Said, E. (1983) *The world, the text, and the critic*, Cambridge, Harvard University Press.
- Valle-Inclán, R. (2006 [1937]) *Tirano Banderas, una novela de tierra caliente*, Madrid, Austral.
- Vargas Llosa, M. (2006 [2000]) *La fiesta del chivo*, Madrid, Punto de Lectura.
- Zamora Vicente, A. (2006) “Introducción”, en R. del Valle-Inclán (2006 [1937]) *Tirano Banderas, una novela de tierra caliente*, Madrid, Austral.